

Enrique Dussel. *16 TESIS DE ECONOMÍA POLÍTICA: INTERPRETACIÓN FILOSÓFICA*, Siglo XXI editores, México, D.F. 2014 (424 pp.) ISBN 978-607-03-0565-8

Juan Fernando Álvarez Gaytán¹

Mtro. en Docencia Transdisciplinaria. México

Las *16 tesis de economía política* constituyen un esfuerzo interesante para criticar al sistema capitalista y, a partir de la definición de ciertas categorías, plantear la alternativa económica futura. Por su vocación de historiador, Enrique Dussel brinda a los lectores una línea del tiempo sobre las determinaciones económico-políticas que ha gestado la humanidad. Con amplio dominio de Marx y más allá de él, el autor acerca a los jóvenes –como le gusta hacerlo– en las tareas económicas y su reflexión teórica, todo ello con la intención de ayudar a trazar el rumbo hacia otra historia del mundo. El punto de partida de su análisis está en el concepto *sistema equivalencial*, que Dussel retoma de Arno Peters, pero que redundará en la gestión del excedente que produce el trabajo humano. Dividida en tres partes, la amplia obra inicia con una introducción histórica-sistemática donde se exponen las categorías ocultas a la economía burguesa, e inclusive anteriores al capitalismo. Continúa con la primera parte, una crítica al sistema capitalista desde su comprensión filosófica, para pasar a la segunda, principios normativos de la transición económica, y desplegar los límites absolutos de la modernidad y el capitalismo, en tanto se proponen los criterios para la transición económica.

Dijimos que la tesis general es la construcción de un sistema equivalencial que pugne por la distribución justa de los excedentes a los agentes que participan en la producción; a partir de esta premisa se da el desarrollo de toda la obra. Si la idea es concretar un sistema equivalencial, parece lógico que el actual –y desde hace 5000 años– se caracteriza por estar incrustado en la generalidad de los *sistemas económicos no-equivalentiales*, en los que la gestión del excedente es de manera heterónoma, contrario a los *sistemas primitivos* de abundancia y autoconsumo. El esfuerzo consiste en, primero, develar las categorías dominantes de estos sistemas para, segundo, desde Marx criticar y crear las categorías necesarias.

Esta reconstrucción de categorías, en tanto determinaciones determinadas determinantes, comienza con el concepto económico. Este es en primer término una *relación* del ser humano con la naturaleza,

¹ mtro.fernando@outlook.com

misma que es históricamente primitiva. En segundo término, es *relación* del productor del producto con *otro* ser humano, es decir, es una relación praxiológica. Lo que hace absurdo pensar que existen individuos aislados. Así, es claro que la economía burguesa está pensada desde el paradigma d'cartersiano.

Contra las corrientes dominantes de pensamiento, Dussel nos instala en la casa olvidada de la economía: la Tierra. Es en ella donde se transforman la materia y la energía, en muchos casos cuantitativamente inalteradas pero cualitativamente modificables, las cuales transitan de entes útiles a inútiles, a través del consumo naturalmente humano. La vida humana acelera este proceso entrópico de degradación del planeta y el universo, es decir, es la especie que más genera materia y energía inútil (desechos humanos y basura). El consumir para vivir es normal (alimentos, agua), pero la vida tiene límites que deben cumplirse con rigor, por ejemplo cubrirse del frío y del calor. De esta manera el transcurrir humano es una dialéctica entre la vida y la muerte, que evita la segunda opción a través de la satisfacción de necesidades.

Si un satisfactor para reponer la materia y la energía del proceso vital no existe, se origina una *necesidad*. El que la tiene es un necesitado, quien podrá tomar satisfactores *reales* de todo aquello que le provee su realidad, eligiendo con cuidado para mantener la vida. De lograrlo, convertirá a los satisfactores en posibilidad de *negar la negación*: el pan niega el hambre como falta de alimento. Cada satisfactor ha de tener un *valor de uso*, como la mediación que tiene la cosa para negar la necesidad, es útil. De manera crítica, las cosas poseen valor de uso si contribuyen a *la reproducción de la vida*; lo que aclara que los vivientes son los únicos que demandan valores de uso, además de ser definidos por ellos. Cuando el valor de uso *real* no está en lo dado, debe *producirse*, que es igualmente útil y necesitado, aunque ahora es fruto del trabajo.

Este valor de uso *real* o *producido* se busca o crea para el *consumo*. Consumir es la incorporación de ello a mi subjetividad; es la subjetivación de la objetividad, que deviene en un resultante, porque no es la plena incorporación de alimento a mi cuerpo, sino también la generación de desechos (lo que mi corporalidad no necesita). Esto nos lleva a definir *la espiral de la vida*: viviente-necesidad-satisfactor-consumo-residuo, lo que supone la existencia de un cuerpo que necesita reproducir su vida a través de un satisfactor que es consumido y genera residuos. Asimismo, es referirse a la *comunidad* como el modo de existencia humana, porque desde ahí se gestiona y distribuye lo necesario y no hay acumulación.

Desde la espiral de la vida se encuentra una *relación productiva* entre el ser humano, la naturaleza y el producto. El viviente busca y encuentra en su realidad las formas de producir satisfactores que no existían, con lo que va generando *técnicas* para la creación de valores de uso. *Trans-formará* la naturaleza bajo un proceso de *trabajo* que convertirá a la cosa en *producto*, porque ha objetivado (depositado) trabajo. Es el trabajo *indeterminado*, no objetivado, que no forma parte de algún sistema económico, y al que Marx llamará *trabajo vivo* como potencialidad de *crear* productos. Ahora bien, esta producción será *trabajo concreto* porque se piensa para una necesidad humana y constituye un trabajo en general. Esta generalidad, históricamente dio una especialización por la definición de satisfactores que creó la humanidad en cada comunidad, lo que derivó en una *división técnica del trabajo*. Con ello, cada trabajo posee *valor en cuanto tal* porque las cosas como satisfactores son *producto del trabajo humano*. Entonces, la cosa producida se constituye por 2 determinaciones: a) es útil y b) es producto del trabajo humano, que Dussel expresa bajo el neologismo de *productualidad*.

Además de la relación productiva antes descrita, existe una *relación práctica o social* entre dos sujetos, pero en ésta hay una mediación material de un objeto: un producto. La complejidad histórica del campo económico atañe precisamente al cruce entre la relación productiva (para reproducir la vida) y la relación práctica-social. Son las modificaciones a estas relaciones las que dan origen a la dominación en los diferentes sistemas económicos. Así, las vicisitudes evolutivas dejaron en el olvido el deberse a la comunidad para reducirse a una relación sujeto-sujeto.

De esta incompreensión histórica de la comunidad se fortaleció la categoría de *valor de cambio*. Ahora, aunado a las 2 determinaciones anteriores, el producto adquiere una más cuando se produce para el otro, para el intercambio, para la venta. Este valor de cambio se objetiva cuando se pone deliberadamente en relación con otra mercancía. Su constitución es propia del campo económico por la intención que contiene el acto productivo: crear mercancías. Los productos dejan de serlo cuando se les pone en el mercado y se denominan *mercancías*, las cuales tienen una determinación *cualitativa* (reproducir la vida) y *cuantitativa* (el intercambio). Al valor de cambio Dussel también lo llama *intercambiabilidad*, característica tal que de no cumplirse en el *mercado*, representa una insatisfacción a dicha determinación. El intercambio se efectúa a través del dinero, como la puesta en relación de los valores de cambio de las mercancías, es unidad de medida institucionalizada. Sin embargo, las mercancías son compradas por su valor de uso (utilidad) pero pagadas por su valor de cambio, que se define por el *tiempo de trabajo* para su elaboración, es la vida dedicada a su creación.

Es con la intensificación de las necesidades humanas que la perfección de los satisfactores deviene en *división del trabajo* en las comunidades. La división se halla en sistemas económicos equivalenciales y no-equivalenciales. En el primero, muy antiguo, era el productor quien gestionaba los *excedentes* en comunidad, que por su capacidad cognitiva desarrolló la *técnica* para producir más. Por el contrario, en el segundo, hay un sujeto o grupo pequeño de ellos, que domina y se apropia del *excedente*, permitiéndole poder económico y político, en tanto es dueño de los *medios de producción* para trabajar las *materias productivas*. Citaré a Adam Smith diciendo (p. 54) que se es rico o pobre en función del trabajo *ajeno* –el excedente del que habla Dussel– que se pueda disponer. Con estos sistemas no-equivalenciales, formalizados paulatinamente desde la Mesopotamia, habrá fundamento a la célebre frase del vampiro que chupa sangre al trabajador. Es así que la configuración de los sistemas económicos conocidos (primitivo, tributario, feudal, capitalista, socialismo real) será en torno a la *gestión del excedente*.

La crítica a todo sistema no-equivalencial se encontrará en la *exterioridad* que guarda el productor del satisfactor con respecto a una *totalidad*, es decir, a la determinación que se le investirá al trabajo vivo en un sistema económico dado. Por ejemplo, el negro que sin quererlo será esclavo, el campesino que sin desearlo será obrero, entre otros, y que al final serán mercancía porque en el mercado se enfrentarán *cara a cara* con el negrero o el *poseedor del dinero*. La explotación constituirá la ventaja obtenida de cada uno de ellos por la posibilidad de generar excedente, como el *más de valor creado para vivir* decente, humana y suficientemente. Excedente tal, que desde la política del derecho, será garantizado en *propiedad privada* de los dominadores, resultante del Estado moderno para que la burguesía naciente perpetúe su poder ante la nobleza.

Con el análisis antes descrito, Dussel nos retrotrae a una problematización histórico-crítica y filosófica de categorías que en el marxismo tradicional se habían circunscrito a sistemas económicos específicos. Entendidos tales conceptos, prosigue con la crítica al sistema económico vigente: el capitalismo. Contrario a la ortodoxia, el autor evidencia que el capitalismo no emerge a finales del feudalismo ni estrictamente en Europa, sino que en su etapa *mercantil* (siglo XII) el flujo de mercancías se daba entre Eurasia y África. Asimismo, da un ejemplo de que el trabajo asalariado existía en China aun sin ser el capitalismo el sistema hegemónico.

Es hasta la invención de la carabela que el expansionismo de Europa, con la conquista de América, arrebató el protagonismo mercantil que ostentaba China. Esto significa que el capitalismo y el colonialismo tienen un origen simultáneo, en tanto la *acumulación originaria* es en buena parte extracción de riqueza colonial. Son los indígenas latinoamericanos y los esclavos africanos quienes contribuyen en gran medida a un *excedente* por sobre el costo de producción que es llevado a las coronas europeas. Aunado a ello, se gesta la *contradicción originaria* entre el poseedor del *dinero* y el sujeto que vive del trabajo –trabajo vivo–, porque éste, desposeído de todos sus bienes, llega a las ciudades nacentes del capitalismo, configurándose

a) negativamente como un pobre, *pauper ante festum*, antes de ser obrero, sin nada, y b) positivamente como la futura *fuerza creadora de todo valor*; el poseedor del dinero y el trabajo vivo se necesitarán de aquí en adelante. Pero esto, sin reconocerlo, es desigual, porque uno posee valores de cambio para sobrevivir y el otro sólo posee su cuerpo. Que venderá por un intercambio disímil, el poseedor dará dinero mientras que el viviente se dará a sí mismo. La apariencia fenomenológica de igualdad que supone el cara a cara será criticada por Marx.

Cuando el trabajo vivo, a través del contrato se instala en la *esfera de la producción*, comienza el pasaje dialéctico de la conversión de dinero a *capital*. Esto se dará por creación de valor que el capital *subsume*, es decir, se apropia y niega trabajo humano. Al tener propiedad del trabajo, el capitalista no puede más que pagar con *salario la fuerza de trabajo*, mas le es imposible pagar el *trabajo vivo* porque éste es la fuente creadora de valor y no tiene valor. El *excedente* presente en los sistemas económicos adquiere la forma de *plusvalor* en el capitalismo, como aquel valor que en el *plus-tiempo*, o sea mayor al necesario para reproducir la vida, se crea por el *plus-trabajo* –más trabajo del necesario– y no es pagado. Resulta importante decir que Dussel enfatiza en el plusvalor como la *creación de la nada*, en donde *la nada* posee 2 características: a) es *de la nada* porque se crea en el primer circuito con la objetivación de vida humana, cuando el dinero es aún dinero, y desde *la nada* se convierte en capital, es el misterio capitalista; b) y al ser subsumido en la *totalidad* del capital, el trabajo vivo, en tanto subjetividad, es la *nada* del capital, el no-ser, el prescindible, la cosa que sólo sirve para valorizar el valor. Como ocultación capitalista, el plusvalor es inexistente en la economía y se transfigura en la categoría de *ganancia*.

Al sobreponerse la ganancia, la intercambiabilidad, o valor de cambio, representa el imperativo en el producto, en detrimento del valor de uso, es decir, vale lo mismo si es útil o no. El plusvalor sólo se realiza si se vende la mercancía. Y para que el capitalista ostente un argumento válido, jurídicamente ha de tener las condiciones necesarias para que la ganancia le pertenezca y se mantenga en el tiempo y el espacio, de lo contrario la valorización del capital no llevaría a la acumulación. Esta gestión del excedente en el capitalismo –plusvalor– corresponde el empoderamiento requerido para determinar el *modo de producción* como el proceso de producción que valoriza. Por tanto, hasta este punto podría clarificarse que durante el recorrido de las diferentes determinaciones del capital, dinero-medios de producción/trabajo-producto-mercancía-dinero más ganancia, el valor sólo se *transfiere*, pero es sólo en el *proceso productivo* –en el paso de la transformación de los medios de producción a producto, por efecto del trabajo– donde se *creará valor desde la nada*, además de transferencia; en otras palabras, el *trabajo vivo* transfiere el valor de la *fuerza de trabajo* al producto y también *crea valor* en el mismo por la objetivación de vida.

La valorización del capital estriba, entonces, en la rotación del mismo, que a través de cada paso por el proceso productivo será acrecentado. Si no circula el capital, no se acumula y el capitalismo dejaría de ser la expresión del trabajo asalariado y obtención de plusvalor para la venta/intercambio de mercancías. Esta intención de ganar más es el incentivo al plusvalor, que puede ser *plusvalor absoluto* como la prolongación de la jornada de trabajo y *plusvalor relativo* como la reducción del salario en un tiempo determinado, además de la vigilancia en torno a la cadencia del ritmo de trabajo. Ambos, debe tenerse claro, son un tiempo de trabajo impago. El plusvalor relativo corresponde a la etapa del capitalismo industrial que tuvo sus comienzos en China. Es con la revolución tecnológica que el plusvalor relativo se maximiza, ya que a través de las máquinas se redujo la proporción del valor del salario en el producto, ahora se objetivaba menos vida y el embrutecimiento aumentaba porque la *división del trabajo industrial* fragmentaba la totalidad creadora del producto. Así, el trabajo se torna *abstracto* porque se pierde conciencia del fruto del producto y el empleo de vida humana se usa para objetivar *abstractamente* valor.

Explica Dussel que estas reflexiones emergen de Marx, específicamente en El Capital, como una ética que buscó ayudar a comprender a los obreros la *tasa de ganancia* en su forma enajenante: la *tasa de explotación*, que en resumen es el porcentaje de trabajo impago; si se trabajan 10hrs., pero se pagan

5hrs., hay una tasa de explotación del 100%. Será esta lógica el criterio principal que se establecerá para el aumento de la tasa de ganancia, que desde la economía política crítica, evidenciará su proporcionalidad con respecto al incremento de la miseria y des-realización humana. La vigencia de Marx y de las propias *16 tesis* está en descubrir esto que ni el poseedor del capital ni su creador lo saben, en acercarse a la *teoría del valor*.

La fetichización del capitalismo estará en la negación del trabajo vivo para imaginar que la ganancia se obtiene por el simple intercambio. Más pronto que tarde el dinero invertido será capital y su circulación se enmarcará en el plusvalor como el fundamento. Precisamente es del concepto de *circulación*, que el colonialismo y la globalización no son un concepto cultural, sino económico, porque la expansión de la distribución de mercancías supone mayor circulación, más realización del capital. Sin embargo, es el capital financiero la mejor expresión de la fetichización, porque la obtención de más dinero se da en función de traficar con valor ya creado, con trabajo impago que amasa riqueza en los bancos.

Además de la primera explotación descrita –capital vs. trabajo–, Dussel plantea una segunda explotación entre capitales, que muestra relevancia a la denominada *competencia*. Ésta no crea valores, sino nivela precios en promedio. Esta diferencia de precios recae en la composición orgánica del capital –tecnología–, que al estar presente en los productos, determina mayor o menor cantidad de valor. Es decir, la posibilidad de fabricar productos en *menos tiempo* supone *menos valor*, por tanto, aquellos capitales con más tecnología crearán mercancías más baratas pero con igual valor de uso. Esto representará una dificultad para los capitales con menor composición orgánica del capital, en tanto sus productos con más valor tendrán que *competir* con aquellos de menos valor. Hay una competencia entre el capital mismo y entre otro de su ramo. Pronto, los capitales que producen más costoso habrán de fenecer y se generará un *monopolio* que podrá determinar precios arbitrariamente. Sin embargo, la inversión a *capital fijo* –medios de producción– reducirá la tasa de ganancia al prescindir de la *fuentes creadora del valor*.

Es en este contexto que Dussel reivindica la *Teoría de la dependencia* y su lugar marxista en la competencia. Esto permite hablar de países desarrollados y subdesarrollados, en función de su composición orgánica del capital. Así como en la competencia hay *transferencia* de valor, lo mismo sucede con los subdesarrollados, países que no son independientes porque a escala global pertenecen a una totalidad que transfiere valor. De esta manera tenemos capitales *centrales* que captan *excedentes económicos* de capitales *periféricos* y *dependientes*. La transferencia de plusvalor supone un desarrollo tecnológico y poderío *originario*, que en muchos casos se debe al colonialismo. Esto permite establecer precios monopólicos que deben ser asumidos por los subdesarrollados, quienes, ante la lógica del aumento de la tasa de ganancia, pese a su transferencia de plusvalor, deberán asegurar también la obtención de trabajo impago, mismo que deviene en sobre-explotación porque el trabajador crea *ganancia* para el capital central y para el periférico al que pertenece. Además, el capital desarrollado buscará plusvalor en su propio espacio, lo que explica la acumulación capitalista y la pobreza eterna de regiones latinoamericanas, africanas y asiáticas.

La centralidad del capital y su *rotación*, busca los espacios precisos para volver lo más pronto posible a la esfera productiva y acumular mayor plusvalor. Son estas variaciones de acumulación las que mantienen determinados a los capitales *periféricos*, porque su composición orgánica del capital será constantemente inferior ante la transferencia de plusvalor, que se remonta a 1492. De hecho, Dussel resalta que la esencia de la *Teoría de la dependencia* es la *transferencia* de plusvalor y no *exportación* como la ha nombrado Theotônio dos Santos, porque la dominación y dependencia es parte *estructural* de un todo capitalista. En los albores del siglo XXI, esta teoría lleva a pensar en el concepto de *acumulación por dependencia*. Proceso que constituye también la *venta de dinero* –préstamos– por parte de organismos internacionales (OCDE, FMI, BM), y la instalación de empresas transnacionales, que con alta tecnología y bajos salarios, transfieren plusvalor a los capitales centrales. En suma, es el capital financiero el que acumula grandes recursos por los Estados-capitales periféricos.

Si bien la primera parte es basta en su crítica, las tesis 12 a 16 representan el momento clave en la obra de Dussel, al proponer los principios normativos de la economía política. La transición a un sistema equivalencial se concretaría cuando el excedente recupere su sentido de lo *común*. Esta ética se correspondería con la comprensión los límites absolutos de la Tierra, es decir, su finitud en cuanto a recursos naturales y del planeta mismo, aspecto que el capitalismo ni el socialismo real llegó a comprender. Las preferencias y deseos del capital, aun del ser humano, habrán de ser reducidos a lo *necesario*, de lo contrario el mejor fruto de la evolución acabará con su devenir. Esta praxis urgente supondría una revaloración de la ecología, para que la expansión de la vida se hiciera patente.

Después de una revisión crítica de la ética subyacente en Adam Smith y Friedrich Hayek, nuestro autor da una definición de *principios normativos*. Éstos instan a actuar al sujeto de lo mejor manera, son lo debido, en tanto principios éticos universales. Si la ética pertenece a un campo práctico, es inherente a la economía, es decir, es subsumida por ésta, por lo que no puede pensarse que exista una *economía ética*, o de lo contrario lo económico puede desenvolverse sin la ética. Dussel propone tres principios: a) *material* como la afirmación de la vida, b) *formal* en torno a la participación libre y válida de la comunidad y, c) *factibilidad* como la posibilidad objetiva. Estos principios toman un dinamismo que contribuyen a evitar que un sistema económico se absolutice, dada la finitud humana. Implica, entonces, la construcción continua de categorías.

Pero, ¿cuál es el indicador que manifiesta la imperiosa transformación del sistema vigente? Para nuestro autor es la pobreza. Mejor aún, si el capitalismo fuera superado, el criterio sería el principio *material*, es decir, si el sistema económico en curso contribuye a producir, reproducir y expandir la *vida en general*. Esta negación del querer la vida es la concientización que deviene en *hiper-potencia*, como la voluntad del hambriento a vivir. Es precisamente a través de la des-realización humana que propugna el capital, cuando la rebelión de la humanidad genera las oportunidades para crear y transformar; la cuestión aquí estriba en la direccionalidad que requiere hacia la reconfiguración en la gestión del excedente.

En este sentido, el *contenido* del acto económico es la afirmación y el desarrollo de la vida. Se trata de dotarla de un sentido positivo para producir los satisfactores que nieguen el sufrimiento humano. Esto implicaría pensar la tecnología para, ciertamente, reducir los valores de las mercancías y disponer de tiempo libre para la cultura, además de enfatizar en la problemática real del medio ambiente: el capitalismo y racionalidad de aumento a la ganancia que mantienen en fase final el planeta. Proponiendo criterios para la *vida perpetua*, como a) el uso de recursos renovables que no superen su regeneración y b) emplear los no-renovables en la medida que la invención los sustituya por energías alternativas. El consumo sería *necesario* y suficiente.

Así como en la política dusseliana (Dussel, 2006) hay víctimas, en la economía se hallan presentes los subsumidos al capital y los excluidos. Tanto los trabajadores como los pobres tendrían que asumir criterios tales para la recuperación de la *comunidad de vida* y la gestión de los medios de producción y el excedente desde lo *común*. El carácter del trabajo superaría su sentido, a la vez que la alienación, porque en la propuesta de la obra no habría salario, sino retribución a lo realizado. En la reflexión teórica de Marx, se replantea y comprende que sus categorías son el fundamento para todo sistema económico futuro, mas no para el establecimiento de uno eterno. He aquí por qué Dussel prefiere hablar de la *alternativa futura* o *trans-capitalismo*, por sobre las denominaciones más conocidas: socialismo del siglo XXI (Boron, 2008) o ecosocialismo (Löwy, 2011).

Además del criterio *material* de la economía, el principio *formal* daría pie a que las relaciones interpersonales en torno a la producción se desarrollaran desde una legitimidad democrático-económica. La gestión del excedente sería subjetiva y objetivamente legítima, es decir, en la conciencia y en la institución comunitaria. Este aspecto de participación constituiría el gran sueño de la abolición de clases, en tanto las *relaciones* serían simétricas, pero cada quien *ad hoc* a sus posibilidades. Con este principio,

la propiedad privada se tornaría *comunal* en referencia a la Tierra. Sin duda, la propiedad se definiría históricamente y bajo consenso, como la manera en que el sujeto no perdería su singularidad dentro de la comunidad. Representaría un paso importante a la superación de los pobres absolutos –*pauper post festum* dice Dussel– que genera la globalización y el neoliberalismo. Aunque existen varios ejemplos de gestión comunitaria –las cooperativas, la economía popular, modelos bolivarianos, comunidades agrícolas o aldeas tradicionales–, nuestro autor es claro y dice que será la propia praxis la que defina, a través de un dándose continuo que construya las alternativas objetivas.

Creemos que lo más sorprendente de las 16 tesis es que en la alternativa futura se mantendrían los conceptos de *mercado*, *competencia* y *Estado*. En torno al mercado, éste se des-fetichizaría para ser regulado económica y políticamente, de tal suerte que el criterio prioritario fuese la propiedad común. La competencia también tendría que reglamentarse, a fin de que continuara la innovación tecnológica, pero no ya para el aumento de la tasa de ganancia, sino para la creación de productos que tuvieran menos valor, en tanto subsumen menor trabajo vivo. Y todo ello sería desde un Estado *obediencial* que regulara la economía desde principios normativos políticos (Dussel, 2006) similares a los económicos. Mantener estas categorías, entre otras, atañe al principio de *factibilidad*. Su implementación y configuración requerirá de un realismo crítico que lo haga posible. Con la regulación, el consumo buscaría el aumento de la vida para humanizar lo humano, como un resultado de la actitud ética asumida para la expansión del vivir. Las instituciones económicas factibles habrán de tener consenso y ser posibilidades creativas y críticas. Su fundamento sería una *pretensión económica de justicia*.

Si por su madurez Dussel no ha preferido hablar de un socialismo con adjetivos, lo mismo hace con la categoría de *modernidad* y en vez continuar el *posmodernismo*, o emplear *antimodernidad* y *altermodernidad*, él prefiere decir *transmodernidad*. La modernidad es propia al capitalismo, es su cimiento, por tanto, ha de ser superada. Con la transmodernidad se romperían varias determinaciones en los diferentes campos –político, económico, etc.– y habría una recuperación de principios desde la *exterioridad*, es decir, a través de las experiencias ancestrales de oprimidos y excluidos que sobrevivieron la modernidad. Implica a éstos descubrirse como valiosos, autoconscientes, dialógicos e intersubjetivos para convivir en el futuro pluriverso.

Todo esto lleva a pensar en un éxodo del trabajo vivo hacia la inventiva y superación de las experiencias de economía popular. Las *fábricas sociales* se concretarían y serían reguladas por el nuevo Estado que reglamentaría hacia lo común, sin *mediocracias* que definan las preferencias de los sujetos. El trabajo vivo abriría un horizonte en la exterioridad –la *hiperpotencia* económica– para la construcción de un proyecto futuro que se *haga al andar*, bajo la *descolonización epistemológica de la economía*, como una crítica de segundo orden que piense cómo pensar las categorías, desde el entrelazamiento de manos, que a través de la conciencia ética y la acción política crean en la necesidad de afirmar, reproducir y expandir la vida!

BIBLIOGRAFÍA

- Boron, A. A. (2008). *Socialismo siglo XXI. ¿Hay vida después del neoliberalismo?* Buenos Aires: Luxemburg.
- Dussel, E. (2006). *20 tesis de política*. México, D.F.: CREFAL/Siglo XXI.
- Löwy, M. (2011). *Ecosocialismo. La alternativa radical a la catástrofe capitalista*. Buenos Aires: El Colectivo/Herramienta.